



“La religiosa cultura popular”

p. 75-78

María del Carmen Vázquez Mantecón

La muerte y los niños. Exequias novohispanas y mexicanas a sus bienaventurados angelitos

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2018

90 p.

Figuras

(Serie Divulgación 13)

ISBN 978-607-30-1042-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de agosto de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/699/muerte_ninos.html

D. R. © 2021. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA RELIGIOSA CULTURA POPULAR

El ritual novohispano y mexicano de festejar con bulla a “los angelitos” dejó testimonios de su práctica desde las últimas tres décadas del siglo XVIII (lo que permite pensar que provenía de muchos lustros atrás), primero en el ámbito provinciano y rural por los de casi todas las condiciones sociales, y luego entre las clases bajas urbanas, siendo esto último más evidente durante los dos siglos que siguieron. No descarto la posibilidad de que los sectores altos y de las ciudades los hayan tenido por “angelitos”, pero, en esas centurias, aunque les hicieron funerales solemnes, nunca hubo fandango. Lo que sí acostumbraron como se hacía desde el siglo XVII entre cierta aristocracia del norte de Europa,¹ fue encargar a algún pintor de renombre el retrato de sus niños difuntos (1746 es la fecha más temprana de la que hay noticia en la Nueva España), tradición artística que dulcificó los trágicos rictus de la muerte al hacerlos parecer dormidos, y que continuó a lo largo del XIX.² Una niña pintada en 1746, María Josepha Aldaco y Fagoaga, falleció a los casi siete años de edad y es interesante que fue represen-

1 Por ejemplo, Anónimo, *Retrato de Hannibal Gustav Wrangel*, Suecia, 1643, y de Johannes Thopas, *Portrait of a Deceased Girl*, probablemente Catharina Margaretha van Valkenburg, Holanda, 1682. En cuanto al caso español, nadie se ha referido a la existencia de pinturas de infantes o de niños nobles difuntos anteriores al siglo XIX.

2 Véase *Artes de México. El arte ritual de la muerte niña*, México, n. 15, primavera de 1992.

tada como si estuviera viva. En las pinturas decimonónicas, en cambio, es más frecuente esta modalidad, si bien pervive de alguna manera el tema del niño muerto. La popularización y abaratamiento de la realista fotografía en la segunda mitad de ese siglo acercó el pequeño ritual del retrato de la muerte niña a la gente de los pueblos, ranchos y sectores menos favorecidos de las urbes, de lo que en México hay una abundante y dramática muestra, hasta por lo menos el año de 1955.

En cuanto a las costumbres y creencias en torno a la muerte de los infantes en nuestro actual siglo XXI, no es posible disociar de su contexto el contemporáneo culto mexicano al llamado Niño de las Suertes. Se trata de una escultura que representa a un Niño Dios que duerme reposando su cabeza en una calavera, característico de la iconografía del barroco español desde el siglo XVI (en España, por ejemplo, lo llaman Niño Dios de la Pasión). Según el testimonio de sus devotos mexicanos, el Niño de las Suertes ve por las criaturas difuntas que van a tener un lugar especial con Dios, protegiéndolas y cobijándolas. Además, es interesante el hecho de que se ha extendido su devoción entre quienes en México veneran a la Santa Muerte.³

La fiesta, no por la expiración de los niños pequeños, sino por lo que sucedía con ellos a partir de su deceso, no significaba en ningún momento que los familiares más cercanos no pudieran hacer su propio duelo, con o sin lágrimas, tal como lo

3 Judith Katia Perdigón Castañeda, “Una relación simbiótica entre la Santa Muerte y el Niño de las Suertes”, *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, v. VI, n. 1, junio de 2008, p. 57 y 60.



reveló la información casuística relatada en estas páginas. Excepcionalmente pocos relatos decimonónicos llenos de estereotipos que buscaban exhibir lo que describieron como la excentricidad extrema del costumbrismo o el fanatismo de las clases bajas, los demás hablaron de unos padres que si bien demostraron alegría, resignación o consuelo, no dejaron nunca de lado sus inevitables sentimientos de dolor,⁴ manifestados con pesadumbre o aflicción. Lo que leemos en una cartela perteneciente a la pintura mexicana de un niño muerto a la edad de tres años y medio en 1847 sería uno de los mejores ejemplos: “Se ejerció dócil y sus buenas inclinaciones prometían a sus padres muchas y honrosas satisfacciones. Su temprana muerte acabó con tan halagüeño porvenir, dejándolos con intenso dolor que terminará cuando dejen de existir y que sólo los consuelos de nuestra religión lo mitiga”.

Ése que se ha llamado “nacimiento festivo a otra vida”⁵ he podido comprobarlo en la temporalidad de estudio elegida, incluso en parte de la vieja memoria que guardaba el imaginario mexicana anterior a la conquista. Lo jubiloso del asunto, si bien tuvo claramente en el siglo XVIII una ritual manifestación externa con los cohetes, repiques, músicas, fandangos, borracheras y comilonas, estaba más bien en la creencia en el gozo eterno de Dios que esperaba a las criaturas que murieron en la inocencia.

4 Gutierre Aceves Piña, “La muerte niña”, en *La muerte niña*, México, Museo Poblano de Arte Virreinal, Puebla de los Ángeles, mayo-octubre de 1999, p. 39.

5 Alberto Ruy Sánchez, “Resucitar en el arte”, *Artes de México. El arte ritual de la muerte niña*, México, n. 15, primavera de 1992, p. 22-23.



El ritual ofrecido en cada época a los párvulos difuntos destaca entre las distintas prácticas ante la muerte que caracterizan a la cultura y a la religiosidad popular mexicana. Es de subrayar, a partir del periodo colonial tardío, que fue el pueblo (en el sentido más amplio de esta palabra), no obstante la censura y la crítica, el que no se apartó de los preceptos que marcaban la importancia de vivir ese suceso con una actitud de regocijo, dando larga vida a esa peculiar, mundana y festiva costumbre.